

FOLLETO TEOSÓFICO COLOMBIANO

Edición especial

Número 45

El arte y a teosofía

Por Gabriel Burgos Suárez

EL ARTE Y LA TEOSOFÍA

Charla basada en ideas del señor C. Jinarajadasa
Gabriel Burgos Suárez

La Verdad es infinita y, por consiguiente, no se encuentra por medio de un solo camino o disciplina. Existen los buscadores a través de la ciencia, de la religión, de la filosofía, etc., de acuerdo con el temperamento, el interés e inclinación de quien busca.

La Teosofía es la Sabiduría Divina que está en todo y en todas partes, desde antes de la manifestación, ahora, y en lo que está por revelarse. La Sociedad Teosófica estudia la sabiduría en todo y busca inspirar a los estudiantes para que vivan sabiamente.

Existen diferentes temperamentos pues no todos nos hemos venido desarrollando igual: el temperamento científico, el místico, el filosófico, el religioso, el artístico, etc. Nos acercamos a la Verdad por el camino más fácil, el de nuestro temperamento, pero la Verdad no se encuentra totalmente por un solo camino. Tanto más cerca de la Verdad nos encontraremos cuantos más caminos recorramos.

Para cada uno de estos caminos se han desarrollado a lo largo de los siglos y milenios sistemas educativos que orientan a los estudiantes para su vida profesional. Hay educación religiosa para el que busca poner en actividad el aspecto espiritual; educación científica, a través de la cual se desarrolla la mente concreta y se despierta en alguna medida la mente abstracta; educación física para conservar el cuerpo en las mejores condiciones por medio de la gimnasia, la higiene, la nutrición, el deporte; pero muy poco para la educación artística cuyo motor principal son las emociones, y son a la vez la causa principal de nuestros problemas.

Al analizar la forma de acercarse a la verdad vemos que se hace por la razón o por la intuición. Por la razón es seguro, hasta cierto punto, pero lento. A partir de un profundo estudio racional algunos seres han logrado tener un conocimiento intuitivo. En el campo de la ciencia tenemos ejemplos como el de Newton con su Ley de atracción de los cuerpos, o el de Einstein con su famosa ecuación sobre la relatividad $E=mc^2$. Científicos como estos presentan la Ley, y otros científicos, con su razón, la aplican y siguen adelante.

En la religión el Señor Buda nos dice: “El odio no se acaba con el odio sino con el amor” y el Señor Cristo nos dice “Ama a tu prójimo como a ti mismo”. Nos presentan una Ley: el amor es el camino más rápido hacia la felicidad.

El científico aprovecha la experiencia anterior. La experiencia del hombre religioso nos llega como una teoría, y cada uno tiene que comprobarla nuevamente. Lo mismo sucede en filosofía y en arte.

La razón lleva hacia adelante, pero los grandes cambios los producen los hombres intuitivos. Su misión es mostrar realidades ocultas a nuestras mentes en forma de generalizaciones; despertar en nosotros algo de intuición para que sea realidad lo que para ellos es real.

¿Cómo perciben los hombres intuitivos la verdad? Veamos antes una definición de arquetipo: “Un arquetipo es el patrón ejemplar del cual se derivan otros objetos, ideas o conceptos. Es el modelo perfecto. En la filosofía de Platón se expresan las formas sustanciales de las cosas que existen eternamente en el pensamiento divino.”

Hay arquetipos del universo, del ser humano, de cada criatura. Si existen como realidad en la Mente Divina, es posible observarlos; nuestro objetivo en la vida es alcanzar el arquetipo; hay una voluntad en el mundo de llegar a su arquetipo. Dentro de cada hombre, criatura, planta, etc., hay una idea que debe realizarse para llegar al arquetipo, la cual debe estar en armonía con la voluntad del mundo.

La experiencia debería enseñarnos lecciones permanentes, lo cual debemos tratar de hacer. Podemos acelerar el proceso si aprendemos a través de lecciones en cabeza ajena; si vemos lo que sucede a otros cuando pasan por una situación que puede ser la nuestra en un momento dado, como lo hace el científico o como lo hace el místico. El arte nos ayuda en este proceso.

En Grecia, la edad de oro de esta civilización tuvo lugar en el siglo IV a.C. Es el período ático, el siglo de oro de Pericles en el gobierno, y de Sócrates, Platón, Aristóteles y otros grandes pensadores en el campo de la filosofía. En la escultura por medio de escultores maravillosos como Fidias se plasman ideales éticos en los dioses que inspiran a los hombres; —en la decadencia las figuras son simplemente bellas. En el drama desfilan dioses y héroes que, al contemplarlos, producen una catarsis en el espectador. Esquilo, Sófocles y Eurípides nos muestran que todo mal, entendido como violación al supremo orden moral, llama a otro; y la cadena de castigos y de sufrimientos solamente termina con la purificación que hace que el hombre se conozca a sí mismo y se reconcilie con la divinidad. Vemos actitudes ideales y queremos implantarlas en nuestra vida. Vemos nuestros defectos y vicios y nos liberamos a través del drama.

Shakespeare presenta prototipos de malvados. A través del drama podemos pasar por la experiencia del malvado, sin serlo, y aprender la lección. Otelo es el tipo representativo del celoso, y Romeo y Julieta de los enamorados perseguidos por los odios ancestrales de dos familias rivales y que son un modelo de amor que va más allá de la tragedia y de la muerte.

En la civilización presentamos cierta norma de conducta que es la de los Egos superiores; y la finalidad de la civilización, guiada por sus caudillos más adelantados, es ofrecer esta norma superior de modo que todos pueden aceptarla.

El hombre piensa en tipos, el arte le presenta generalizaciones. El arte trata fundamentalmente de las cosas reales, no de las temporales e ilusorias. Carlyle nos da esta definición: “**El arte es el alma desprendida del hecho**”; y otro artista nos dice que “**El arte es la estrella que yo veo y tú no ves**”. Otro ejemplo es la idea que está detrás de la rosa y que hace posible su existencia y la lleva hacia su arquetipo.

Así como hay cualidades típicas hay emociones típicas. Podemos partir de las emociones particulares, —como el amor de una madre por su hijo—, y purificarlas para llegar a la emoción generalizada —el amor en toda forma—. Todas las modalidades del arte nos conducen primero a los tipos y luego a los arquetipos.

Podemos anticipar experiencias y vivir en pocas vidas lo que requeriría muchas vidas. El arte nos facilita esta tarea. En donde actúa la mente descubre leyes, pero al descubrirlas se nota el extraño resultado de que lo descubierto ya estaba en nuestro interior. Descubrimos por ejemplo que la “la Ley del propio sacrificio” es la única acción lógica y feliz. Dicho convencimiento proviene, por una parte, de una Ley que ha descubierto la mente, pero por otra parte vemos que en realidad ya estaba dicha Ley en nuestro interior.

Analicemos la influencia de la música. En un concierto influye sobre todos los oyentes según son, y produce en cada uno un determinado efecto dependiente del estado de ánimo con que cada cual asiste. La síntesis que opera la música en nosotros depende en gran parte de nuestra naturaleza moral. La pequeñez o grandeza del alma del artista se advierte en los colores que estampa en la tela. Lo mismo sucede en la música. Cuando vamos a un concierto para re-crearnos, la música nos re-crea en la medida que nosotros aportamos a la re-creación.

El poeta se vale de las emociones, pero las expresa en términos de razón. El poeta trata de alcanzar la medida del hombre perfecto, no presentándonos la emoción de tal héroe, sino de la emoción del tipo representado por aquel héroe. Lo mismo sucede en la pintura.

Todos los filósofos han reconocido que la música es el arte más excelso, pues todas las demás conducen a la música. Se ha dicho que la arquitectura es música congelada. Al hablar de la música, Carlyle dice que “la música es una especie de inarticulado e impenetrable lenguaje que nos conduce al borde del infinito y por un momento nos permite contemplarlo.”

Todo artista tiene una misión: debe hacer algo encaminado a que toda la humanidad desee algún día poseer las cualidades artísticas que él ya tiene. Por eso nos parece fácil hacer versos al leer al poeta. El artista no ha de considerar su arte como mera encarnación de su propia energía creadora. Ha de reconocer que, aunque crea, ha de educir de los demás la capacidad de crear.

El arte tiene una estrecha relación con el mundo utilitario. En un proverbio chino se nos dice: “Si tienes dos panes vende uno y compra un lirio.” Lo que el arte puede hacer por nosotros es tallar y pulimentar nuestra naturaleza y exponer, faceta tras faceta, las cualidades latentes en nuestro interior de pensamiento e intuición. El arte nos constituye en centros de eternidad. Desde nuestro elevado punto de vista no se justifica el arte por el arte. El arte tiene una función redentora. La mitad el trabajo concluye con la obra: la otra mitad es lo que hace por nosotros.

El filósofo y escritor Thoreau indicó que **“hay artistas de la vida, es decir, personas que pueden cambiar el color de un día y hacerlo bello para aquellos con quienes entran en contacto.”**

La señora Blavatsky nos dice: **“Hay maestros de la vida que la divinizan. . . ¿No es éste el arte más grande de todos? ¿No es este arte el que afecta la atmósfera misma en que vivimos? Que éste es el arte más importante se ve de inmediato cuando recordamos que toda persona que respira el hálito de vida afecta la atmósfera mental y moral del mundo y contribuye a dar calor al día para los que le circundan.”**

El señor C. Jinarajadasa exclama: **“Por qué vivir como hombres si podemos vivir como ángeles?”**

